
VOSOTROS A QUIEN MATÉ

TODOS desconocían cuanto se relacionaba con el fin y muerte del capitán Pedro Ramos de Macusso, y al paso que unos hablaban de fiebre súbita, otros creían en una aneurisma ó en una embolía; y así como se ignoraban la naturaleza del mal y su denominación técnica, se ignoraba también el motivo que lo había determinado. Hablaron algunos de una rabieta causada por celos de la manceba, mencionaron otros fuertes pérdidas en el juego, y hablaron los más de desazones que en su negocio de fabricación de pól-

vora había producido al capitán una crisis del artículo.

Yo puedo decir la causa de ese espantable suceso, sin que haya duda del fondo y pormenores de él.

Veinticinco años hace murió á mano airada el teniente Javier Martínez, mozo de grandes prendas, gallardo, varonil, guapo y discreto sin que se pudiera averiguar cómo habría pasado caso tan lamentable.

Una mañana, cuando la gente descansaba aún, despertó alarmada al oír las voces de auxilio que daba el capitán Macusso dentro de la cuadra que ocupaba en el cuartel juntamente con Martínez: Javier estaba tendido en su cama, con un tiro debajo de la barba y empuñando una pistola de reglamento.

El General mandó á toda prisa levantar el proceso; el juez, recogiendo datos y declaraciones mil, consiguió formarse la opinión é imbuírsela al consejo de guerra, de que el culpable de aquella atrocidad no era otro que Macusso; pero el defensor, un letrado habilísimo que merced á ese proceso consolidó su reputación, logró infiltrar la

duda en el ánimo judicial, y cuando Macusso estaba próximo á ir al cadalso, obtuvo que se le absolviera, considerando que en el caso podía haber un suicidio y no el asesinato que hacían presumir las declaraciones de los testigos, las cartas que mediaron entre el capitán y su compañero y otros muchos datos.

Pero aunque Macusso quedó en libertad después del fallo de la Corte y restituido á su empleo, cargos y honores, no volvió á ser el oficial alegre, el perdido simpático, el pillo de buena sombra de los tiempos pasados Se dejó crecer la barba, se volvió taciturno y melancólico y concluyó por solicitar su absoluta, estableciéndose en el comercio con la legítima que le llevó su mujer. Aun hay quien diga, que ocultamente y sin que nadie pudiera maliciarlo, Macusso aseguró la suerte de Malvina Rojas, la esposa de Javier, y del chiquillo que nació tras de la muerte del pobre teniente, que se habían ausentado de la ciudad á raíz del suceso: señales inequívocas de que para el reo no tenían significación ninguna ni la semiflexión del cuer-

po del interfecto, ni los granos de pólvora que ostentaba incrustados en la mano derecha, ni la circunstancia de que más de una vez hubiera asegurado en público que al costado llevaba el alivio de sus penas, ni que hubieran suicidádose su padre y dos tíos suyos, indicios que tanto se hicieron valer en el proceso y que tanto sirvieron á Macusso.

Tampoco la gente se engañó, pues á pesar de la libertad del capitán, no llegó nadie á verlo como antes. A pesar de que Macusso había sido siempre de costumbres irreprochables y de que aborrecía la bebida, dió en sus últimos años en empinar el codo, se echó un esperpento de querida más fea que azotar al santo Cristo y más mala que pisotear la hostia consagrada, y vivió vida de desórden y escándalo.

Una tarde, Macusso la había corrido en grande, acompañado de su daífa, cuando tuvo la peregrina ocurrencia de entrar al cementerio cerrado. Se divirtió leyendo los epitafios ridículos que convierten en cómico un dolor que quizás llegó á lo más hondo del alma, se reclinó á la sombra de

los naranjos que es fama han dado fruto más dulce á medida que han sido abonados con más restos humanos, oyó á los pajarillos que cantaban sin dárselos un ardite de hallarse en la mansión de la muerte, y ya salía cuando pensó que no podía terminar mejor esa deliciosa jornada que vienddo la exhumación de unos restos humanos.

Cabalmente era el tiempo en que los deudos, aprovechándose de concesiones liberales, trasladaban del camposanto viejo al nuevo los cuerpos de las gentes á quienes habían querido.

Macusso, tambaleando, llegó al borde de una fosa y vió que los desenterradores extraían los restos de un ataúd.

Ebrio como estaba, no reparó en la presencia de una señora y un joven enlutados, que contemplaban la obra y que hicieron un gesto de repulsión al ver acercarse al antiguo militar.

Nada quedaba de forma humana á los restos: huesos á medio pudrir, pedazos de ropa, el féretro destruido en parte por el agua Pero como si fuera obra de la casualidad, al remover la calavera salió

BIBLIOTECA ALFONSIÑA

una bala que dejó vacío el punto en que había estado alojada. El ebrio dijo regocijado y como si hubiera visto lo más gracioso del mundo: "vaya, ese pobre murió de balazo."

"Del balazo que usted le dió, asesino infame," dijo con tono agresivo el jovenzuelo que había presidido la operación.

Macusso alzó los ojos, y entre las brumas de la embriaguez vió un rostro que conocía, que había visto muchas veces en sueños y que le había hecho cavilar muchas otras despierto: era el de un mancebo hasta de veinticinco años, atezado, de grandes ojos, de naricilla arriscada, de boca que adornaba fino bigote, con la mueca que el propio Javier Martínez mostraba cuando solía encolerizarse.

Era el mismo difunto, el mismo teniente, que volvía á la vida con sus bríos de marrras, ahora que su compañero, su antiguo amigo, estaba sin fuerzas y sin poderse valer.

Macusso quiso rechazar con el gesto, con la voz, con la acción aquella que juzgaba sombra producto de su cerebro excitado,

quiso volverse, pedir auxilio, gritar; pero antes cayó al suelo como fulminado y arrojando espuma por la boca. Pocos días duró en cama; pero en su delirio no cesaba de clamar que Javier lo había matado para vengarse de que él hubiera antes quitádole la vida.

Y en efecto, Javier lo mató por medio de su hijo, que llevaba el nombre del muerto y tenía con él asombroso parecido.

Villa de Zapopan, 4 de agosto de 1900.

BIBLIOTECA ALFONSO